



Pedro Henríquez Ureña, El Maestro Distante

Manuel de Jesús Goico Castro

La glorificación de los hombres verdaderamente grandes une a los pueblos y armoniza a los espíritus que son capaces de comprender la gloria.

Antonio Gómez Restrepo.

Es deber de patriotismo, acaso de americanidad, rendir homenajes al insigne dominicano Pedro Henríquez Ureña, ciudadano de la cultura universal, porque fué “hombre que encarnó nobilísimos rasgos de raza, y entregó a la admiración de la posteridad un tipo de selección espiritual y de belleza moral, que puede enorgullecer a todos sus compatriotas.”

De muy lejos arranca nuestro fervor por el Maestro. El devoto culto, la admiración honda que le profesamos, tiene sus puntales, su prístino origen, en la fruición que nos produjo, allá por 1928, la lectura de *Horas de estudio*. Fruición inolvidable aquella, tornada en influencia que nos orientó decisivamente en las rutas de la cultura.

Leíamos una y otra vez este libro, y cada vez lo comprendíamos mejor, a medida que crecían en nuestro espíritu el conocimiento y una mayor avidez de saber y de leer obras maestras,” con la ingenuidad de la adolescencia con

desbridada pasión, y con la fortuna de 'no tener ocupación alguna obligatoria que embarazase la libertad del estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de los libros,' tal prefería Sor Juana Inés de la Cruz

Nuestro libro de horas fue *Horas de estudio*, porque "en muchas ocasiones, como ha escrito Emerson, la lectura de un libro ha hecho la fortuna de un hombre, decidiendo el curso de su vida."

Tres años después, en diciembre de 1931, vimos arribar el sabio al suelo de la patria. El recibimiento tributádole fue un homenaje nacional.

A mediados de enero de 1932 iniciaba su curso sobre teatro en la Acción Cultural, ateneo de la juventud o academia de bellas letras-, que bajo la presidencia del ensayista e internacionalista M.A. Peña Batlle realizó una extraordinaria labor cultural. En la primera conferencia y en las dos siguientes, disertó acerca de la tragedia griega. En las ocho restantes estudió con galas de erudición y arreos de moderno humanista el teatro en Roma y en la España del siglo de oro, la vida y la obra de Juan Ruiz de Alarcón, la trayectoria del teatro inglés -desde Shakespeare hasta la época contemporánea-, y enjuició con certeros atísbos críticos las piezas cimera de tres astros del teatro francés clásico: Corneille, Racine y Moliere. Y finalmente, las dos últimas cátedras las consagró al teatro del siglo XIX y al contemporáneo.

Los lunes y viernes de cada semana, de enero a febrero de ese año, éramos de los primeros en llegar a saturarnos de luz, de esa pura y honda luz que irradiaba del genio.

Nos dijo que el teatro vive una crisis indefinida: que ningún dramaturgo de la postguerra ha logrado imponerse aunque haya logrado éxito. Como sobresalientes señaló a Bernard Shaw, al norteamericano Eugenio O'Neill, a Luigi Pirandello y a los rusos Gorki y Chejov.

Como interesante para nosotros considera a O'Neill que ha sido marinero que ha viajado por la América Latina y en sus obras ofrece muchas alusiones de nuestros paisajes. Es autor dde *La Luna del Caribe* y de una obra que parece haber sido

inspirada por la intervención norteamericana en Haití.

Esboza los ensayos de teatro griego que Margarita Xirgú y su compañía hicieron en México en 1922 al aire libre en el Bosque de Chapultepec.

Dice que si la América Española ha de cumplir sus aspiraciones de originalidad artística, está en el deber de abandonar las sendas trilladas y de buscar rutas nuevas para el teatro.

Poco después, y como fiel exponente también de su predilección por la literatura dramática y por sus más conspicuos creadores, dictó hermosa conferencia en el teatro Aurora de San Pedro de Macorís en octubre de ese mismo año, en torno a Ibsen y a Tolstoi. Varios jóvenes orientales estábamos junto al Maestro. Recuerdo a Freddy Prestol Castillo, quien lo presentó, y a Francisco Domínguez Charro.

Habló en prosa esmaltada con pulso de artista, con esa "solidez y ecuanimidad de criterio," con esa reflexiva seriedad que da el tono a su pensamiento" y con esa "limpiez y precisión de estilo" que le reconocía José Enrique Rodó desde Montevideo en carta de febrero de 1906, un año después de publicar en La Habana sus *Ensayos críticos*.

Mensajes orientadores recibió nuestro espíritu al conocer *La versificación irregular en la poesía castellana, El nacimiento de Dionisos y Seis ensayos en busca de nuestra expresión*.

Su primera conferencia, sobre *Música popular antillana*, dictada en el Club Nosotras, fue cátedra inolvidable y luminosa. Paso a paso seguimos las enseñanzas del Maestro: contenidas en sus libros y vertidas en sus conferencias.

En discurso pronunciado en la inauguración del mausoleo de Luisa Ozema Pellerano hubo de decir frases dignas de recuerdo: "...en 1795, como en 1822, como en 1916, el idioma español ha sido para nosotros escudo y arma y espuela. Por eso, hasta la vigilancia del maestro sobre el idioma es entre nosotros función de patriotismo como en ningún otro pueblo de la estirpe hispánica."

Andando el tiempo otros muchos de sus trabajos de perdurable significación han sido pasto de nuestras infinitas

ansias de saber y amplias claraboyas por donde ha penetrado la cultura en el alma de la juventud dominicana: *Literatura dominicana* (1917), -calificado por don Américo Lugo en su curso de historia colonial como "el primer ensayo verdadero de la historia de nuestra civilización"-, estudio que es una separata de la Revista Hispánica de París, que cuatro lustros después amplió en *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (Buenos Aires, 1936), obra que junto con *El español en Santo Domingo* (1940) y *Para la historia de los indigenismos* (1938), forma la trilogía de las más descollantes producciones consagradas a su patria y en las que resplandece, en maravillosa prosa castellana, el genio del insigne humanista, filólogo de los más grandes que hayan podido existir, sabio de esos de socrática austeridad que eran para Renán "fundadores del espíritu moderno."

Portento de erudición, de los últimos detellos de su mente, sensacional libro reafirmador de su reputación como crítico e historiador de la cultura,- estudio claro e interesante, escrito con notable vigor y frescura en inglés impecable'-, es *Literary Currents In Hispanic America* (Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1945), calificado por Julio Caillet-Bois como "el fruto de la espléndida madurez de la vida de un maestro de lo americano."

En una entrevista que concedió a la prensa José Enrique Rodó cuando preparaba la primera edición de sus *Motivos de Proteo*, -sinfonía de ideas, según Rubén Darío-, al hacer un somero análisis de las letras hispanas, vaticinó que 'loss jóvenes Pedro Henríquez Ureña, Gonzalo Zaldumbide o Alfonso Reyes constituirán la sorpresa que nos reserve el porvenir.

Glosa Armando Donoso, ilustre crítico chileno, estas declaraciones del autor de *Ariel* en su ensayo *Henríquez Ureña y la erudición*, -que es parte de su libro *La Otra América*, publicado en Madrid en 1925-, afirmando que 'no disimulaba Rodó su viva esperanza ante la nueva generación americana, en medio de la cual el ensayista dominicano destacábase ya movido por firme dirección literaria," y a quien califica como el "escritor que procede, por derecho divino, de esa familia de

humanistas en quienes la ciencia infusa se remozaba de humanidad: Erasmo, Montaigne, Taine, Menéndez y Pelayo.'

Ni Hostos ni Rodó: tampoco Montalvo, Ingenieros, Samiento o Bello, han influido tanto en América como nuestro Pedro Henríquez Ureña.

Orientó con su saber y con su ejemplo. Hijos de su espíritu hay escritores en todas las latitudes del Continente, en quienes han frutecido, y continúan multiplicándose, las bienhechoras simientes de sus enseñanzas.

En el período de 1920 a 1924, acertadamente calificado etapa vasconcelica, cuando el Gobierno mexicano hizo una reedición de los clásicos, -empresa reservada hasta entonces a poderosas instituciones norteamericanas y europeas-, regentaba la editorial "un maestro de alta sabiduría, de ponderada actuación, -como dice Humberto Tejera-, un maestro de la línea de Bello Cuervo y Hostos, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, quien había dejado sus cátedras en una universidad yanqui para asociarse a la cruzada vasconceliana.'

Por aquel entonces nuestro humanista, "noriador de sabiduría de las fuentes primarias," en compañía de Julio Torri, reunió una "Plana mayor de talentos juveniles animosos, que empezaban a vencer escalas." Dentro de la órbita de tan espléndida cruzada, hallábanse en torno al sabio los poetas Carlos Pellicer y González Guerrero, el filósofo Samuel Ramos, el financista Eduardo Villaseñor, el bibliógrafo Joaquín Ramírez y el filólogo Prieto Yeme.

Una de las consignas aparecía estampada en el prólogo de la nueva edición de la *Ilfada*: "Esparcir la cultura clásica junto con los rasgos fundamentales del pensamiento moderno.

En manuales de "pasta oliva, de pulpa marfilada," fueron repartidos gratuitamente por México y toda América, clásicos escogidos: el Quijote, la *Odisea*, las *Vidas Paralelas*, los cuentos de Tolstoi, la *Eneida*..., todos nimbados con la sencilla adustez de una altiva frase de Vasconcelos: "*Por mi raza hablará el espíritu.*"

En la introducción de unos de esos grandes libros fulgía este pensamiento, significativo y orientador, dirigido a la

juventud: "Lee los libros esenciales. Prueba el vino de los fuertes. Bebe leche de leonas." ...

Durante aquella etapa renacentista, bajo el claror de aquella aurora de la cultura, ejerció las cátedras de español, de literatura inglesa y de la historia del lenguaje castellano; fue cofundador de la Universidad Popular; profesor de literatura española e hispanoamericana en la Escuela nacional Preparatoria; director de la Escuela de Verano de la Universidad de México y más tarde director general de Educación Pública en el Estado de Puebla. En época anterior había sido profesor de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad y cofundador del Ateneo de la Juventud.

Como romero infatigable que era, fue un perfecto conocedor de su América. Félix Lizaso reseña uno de sus viajes a Cuba. Allí había publicado en 1905 su primer libro: *Estudios críticos*; allí había afirmado con gran autoridad y como precursor de un martianismo puro, que 'Martí fue, -aunque en Cuba lo sepan pocos-, uno de los grandes escritores castellanos de su siglo' (1), reconocimiento que tributó al Apóstol en su artículo *Martí, escritor*, dedicado a Jesús Castellanos:

Pedro Henríquez Ureña había vuelto a La Habana, -consigna Lizaso-, después de una larga estancia en México. Había sido allá el animador del grupo joven que ya se imponía y en el que en primer plano figuraban Alfonso Reyes, Julio Torri, Antonio Castro Leal. Nosotros atravesábamos ese momento de pobreza literaria que los esfuerzos de Jesús Castellanos y del grupo de la Sociedad de Conferencias había redimido pero no superado totalmente. Había nuevos ímpetus, nuevos nombres: Chacón y Calvo, en la investigación y en la crítica, iniciaba su obra revisionista de nuestros valores literarios. Mariano Brull-resonante de ecos que venían de la obra de González Martínez-se iniciaba en su poesía de tono meditativo y filosófico. Para Pedro Henríquez Ureña era necesidad mantener en cada sitio donde estuviera la posibilidad de perfección-norma de su vida-que él realizaba a la manera socrática, entre los tres o cuatro amigos capaces de mantener el diálogo, aportando el fruto en sazón de meditaciones y de inquisitivos buceos a lo

hondo del ser.” (2).

De sus influencias en la patria de Martí habla Lizaso en otra página inolvidable:

‘Aquí mismo, nos dejó, dice, como logros altos de su huella, dos discípulos sobresalientes, Mariano Brull, que supo interpretar sus signos, como lo evidenció su primer libro en que se definía como anhelo “la clara transparencia del cristal-como forma espiritual del ser” y Francisco José Castellanos, el más original y profundo ensayista que ha surgido entre nosotros, malgrado en el momento preciso en que alcanzaba su plena madurez intelectual.’

Poco después el grupo se disuelve. Cada uno se aleja del otro, son astros que giran dentro de la órbita de su destino, de ese destino trazado por el regulador de las cosas de la tierra y del cielo: Pedro y Mariano Brull marchan al Norte; Chacón y Calvo va hacia España; otros toman otros caminos; el autor de *El Balcón de los diálogos* queda en Cuba, y el maestro distante le orienta, según nos refiere Lizaso:

“Cuando Castellanos comienza a escribir es que ha oído la voz de Pedro Henríquez Ureña que desde lejos se cansa de incitarlo...“le hablaba de escribir con claridad, y él hacía promesa de ser claro.’

Mucho queda por decir: discípulos ilustres tiene él en Estados Unidos, donde fue profesor en la Universidad de Minnesota durante cuatro años, y en la Argentina, su segunda patria donde enseñó desde 1924 hasta 1946, con los únicos paréntesis del período en que colaboró en el Gobierno del Honorable Presidente Trujillo como Superintendente General de Enseñanza: de diciembre de 1931 a junio de 1933, y cuando en 1941, la Universidad de Harvard le pidió un curso de literatura americana. Por eso otros trabajos nos proponemos escribir, consagrados a estudiar siquiera someramente otras luminosas facetas del Maestro, otros momentos culminantes de su preclara y fecunda vida. Y si por fortuna el tiempo y el ánimo nos son propicios, daremos cima a otros proyecto: escribir una biografía.

(Juventud Universitaria, C.T. núm. 15 julio 1946, p. 25-27)